



**XX Gran Capítulo
Jumilla, 17.11.2018**

Oda a la uva Monastrell
SIT TIBI 'VINUM' LEVIS

Ana M^a Tomás Olivares
Filóloga. Columnista Prensa Regional

Dignísimas autoridades, presidente de la cofradía Reino de la monastrell, cofrades, señoras y señores, van a permitirme que los intitule a todos utilizando el neologismo acuñado por mi admirado poeta y amigo Salvador Moreno, como *convineros*, puesto que no siempre es el pan el muñidor de las relaciones de compañerismo. Hoy hablamos de vino, y de justicia es que hablemos de *convinerismo*.

Así pues, mis queridos *convineros*, antes de nada, quiero dar las gracias a D. Fernando Riquelme, presidente de la cofradía, por invitarme a estar aquí, y a D. Guzmán Ortuño, amigo entrañable, cofrade de honor, por apadrinar la candidatura. Para mí significa todo un privilegio, y un sano orgullo, no sólo por lo que supone estar hoy glosando el vasto reino de la monastrell, sino porque me cabe la satisfacción de ser la primera mujer que lo haga tras una veintena de glosas masculinas.

Lo primero que hice, tras aceptar la responsabilidad de pregonar, fue irme a una viña de uva monastrell. Allí, los racimos pendían rebosantes de las cepas, apretados, púrpura, entre los verdes pámpanos, esperando, como arpa del poema de Bécquer, la mano, en este caso no de nieve, sino de sol, que sepa arrancarla. Pensé en cuanto significa la vid, no sólo en la cultura judeocristiana, sino en nuestra cultura helenística difundida por los griegos por todo el Mediterráneo. Con ella nos trajeron la unión vino-religión hasta los últimos confines de Occidente. En esa etapa, tanto la vid como el vino, comenzaron a revestirse de una categoría sagrada que los convirtieron en la ofrenda óptima para los dioses. Tucídides (historiador ateniense) en el siglo V a. C. nos decía que “los pueblos del Mediterráneo entraron en la civilización cuando aprendieron a cultivar el vino”.

Para ser conscientes de la importancia que la vid tiene en nuestra religión y en nuestra cultura basta ojear cualquier pasaje bíblico para comprobar que fue precisamente una viña (por supuesto de uva monastrell, aunque eso lo obvie el evangelio) lo que elige Jesús sistemáticamente en sus parábolas para hacerles entender a los judíos que lo seguían cómo es el Reino de los cielos, como es el amor de Dios y cómo es la gracia. Por eso usa parábolas que hablan de viñas (Mt 21, 33-46); de trabajadores contratados para trabajar en ellas (Mt 20,1-19); y de odres viejos con vino nuevo (Mt, 9, 16). Los

judíos de entonces serían analfabetos, pero entendían perfectamente las cosas del vino y su lenguaje y comprendían el mensaje.

La utilización de la vid y el vino para enseñanzas varias, en donde este era símbolo de alegría, bienestar y curación salpican toda la Biblia desde las primeras páginas del Génesis, hasta el Nuevo Testamento en el cual el vino cobra categoría de alianza eucarística. El simbolismo del vino se sitúa a tal nivel de importancia que, en el libro del profeta Amós (5, 11) para anunciar Dios los grandes castigos al pueblo que le ofende... habla de privaciones del vino.

Sólo he encontrado una única cita, en el libro de Números, en el capítulo 6, donde se habla del vino de manera negativa. Y lo hace para referirse a los nazieratos, hombres o mujeres consagrados a Dios que hacían votos de abstenerse de vino y de toda bebida alcohólica. Además, debían dejarse crecer el pelo sin cortarlo jamás (Sansón era uno de ellos). Me van a permitir la licencia de pensar que lo hicieron prisionero los filisteos no porque le cortara el pelo Dalila, sino porque no bebía vino, y eso sí que era sospechoso.

Pero, lo mismo que nuestra religión y nuestra cultura –al igual que las clásicas– han caminado unidas indefectiblemente al vino, también, en la misma medida, lo ha estado la figura de la mujer.

Desde

- el mito de las Ménades –ninfas encargadas primero de la crianza de Dioniso y que posteriormente fueron poseídas por él inspirándoles una locura mística–,
- o las Bacantes –nombre con el que se denominaba a las mujeres griegas adoradoras del dios Baco, que eran quienes llevaban los ritos en las ceremonias secretas al dios del racimo, liberadas de convencionalismos sociales y entregadas al vino, a la música, la danza y el desenfreno sexual en los bosques hasta el paroxismo–,
- hasta la mujer de nuestros días, nuestras amadas abuelas y madres, auténticas sacerdotisas de la alquimia alimentaria que manejaban con delicado equilibrio todos los elementos que aportan salud y bienestar a los suyos y que,
 - por puro instinto, curaban los resfriados a base de vino hervido con canela, cosa que ya hacía Hipócrates en el 400 a. C., y no creo que ellas leyesen, precisamente, ningún tratado del médico griego;
 - o alimentaban a los niños con pan, vino y azúcar, que puede que hoy se considere una aberración, pero ellas sabían hacerlo *sit tibi vinum levis*, he ahí el secreto. Yo soy hija de esas meriendas y les aseguro que ningún efecto negativo tuvieron en mí;
 - o administraban sabiamente el chorrico de vino en el estofado de carne;
 - o en los dulces navideños.

Punto y aparte, la figura de la Virgen María, autora de que Jesús llevase a cabo su primer milagro en las bodas de Canaán, y que, además, este fuera, precisamente, el de convertir el agua en vino.

La mujer está tan incuestionable unida al vino y a la figura de la vid, que la mejor bendición que se le podía ofrecer a un hombre era que su esposa fuera como parra fecunda en mitad de su casa. Porque la mujer tiene una conexión especial con la viña. Como ella, es cíclica: los ciclos de la sangre y los ciclos de las estaciones. La naturaleza es cíclica al igual que lo femenino.

- La mujer, como la cepa, se enraíza en el lugar que reconoce como su hogar y ofrece siempre lo mejor de sus frutos cuando se le proporcionan los cuidados pertinentes.
- La mujer, como la vid sabe optimizar los escasos recursos de que disponga y se adapta al medio ambiente para sobrevivir.
- Y como la vid, la mujer ha sido explotada y ofrecida a distintos dioses en ritos salvajes y milenarios.
- A la mujer se le debe, desde el Neolítico, el comienzo de la agricultura –que yo creo que se inventó como coartada para poder hacer vino–.
- A las mujeres rurales, de pueblo, universales... siempre silenciosas, generosas y dispuestas a ayudar con su sabiduría ancestral, el mundo les debe la sostenibilidad de una economía pocas veces valorada, menos reconocida y siempre denostada, como es el trabajo en las labores agrícolas.

En la actualidad, participamos activamente no sólo de esas tareas, sino de la dirección de prestigiosas bodegas y elaboramos vinos aportando nuevos aspectos de sutileza y creatividad que enriquecen significativamente y sugieren nuevas formas y caminos.

Me cuentan que una persona poco agraciada físicamente –o sea, un tío feo con avaricia– está ligando y le susurra a la chica:

- Imagínate, princesa: tú y yo, juntos a la luz de las velas, una buena cena y una buena botella de vino. ¿Qué te parece?

A lo que ella –sin enternecerse– responde:

- Muy poco vino.

Pues salvo en ocasiones así, mis queridos *convineros*, *sit tibi vinum levis*. O lo que se conoce en Román paladino como “si bebes..., -aunque sea monastrell-, no conduzcas”.

Me gustaría terminar con un fragmento de uno de mis poemas:

Que el vino, ¡divino vino!, beso de amor en los labios,
caricia para las venas y fuego para los ánimos...
Que el vino, ¡divino vino!, látigo para las penas,
bálsamo de los dolores, enemigo de los duelos
y celestino en amores...
Que el vino, ¡divino vino!, lidiador de sufrimientos,
libertador de valores, burlador de imperfecciones,
lupa de todos los bienes.
¡Bebida de bendiciones!
Que el vino, ¡divino vino!, mis queridos señoras y señores,
les sea leve... para que puedan gozar del resto de los placeres.

Nada más. Muchas gracias por su atención.